

Rev. R.M. McCheyne
Lectura: Juan 16:1-16

Salterios:

Primer: 241:1,2,5

Segundo: 359:1,2

Tercer: 398:1-3

Cuarto: 141:1,3

Último: 248:1,2,4

Texto: Juan 16:8

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.”

Tema: La Convicción de Pecado

1. La primera obra del Espíritu es convencer de pecado
2. ¿Qué es esta convicción de pecado?
3. El argumento que usa el Espíritu

Introducción

Cuando los amigos están a punto de separarse, son mucho más amables que nunca. Fue así con Jesús. Estuvo a punto de partir de sus discípulos, y nunca hasta ahora fluyó su corazón hacia ellos en tantas corrientes de ternura celestial. La tristeza había llenado su corazón, y por eso la compasión más divina llenó el suyo. *“Yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya”*.

Ciertamente le convenió a él mismo que se fuera. Había vivido una vida cansadora y dolorosa, no teniendo lugar donde recostar la cabeza, y seguramente fue agradable para Él que estaba a punto de entrar en su reposo. Había vivido en la oscuridad y la pobreza, había dado su cuerpo a los heridores, y sus mejillas a los que le mesaban la barba; y ahora, seguramente, podía mirar con gozo a su regreso a esa gloria que tuvo con su Padre antes que el mundo fuese, cuando todos los ángeles de Dios lo adoraron. Y, sin embargo, Él no dice *“Me conviene que yo me vaya”*. Seguramente había sido consuelo ya para sus discípulos. Pero no; Él dice: *“Os conviene.”* Se olvide de sí mismo por completo, y piensa solamente en el pequeño rebaño que está dejando atrás. *“Os conviene que yo me vaya.”* ¡Oh más generoso de los Salvadores! Él no miró por lo suyo propio, sino también por lo de los otros (Filipenses 2:4). Él sabía que mucho *“más bienaventurado es dar que recibir”* (Hechos 20:35).

El don del Espíritu es el gran argumento por lo que persuade a sus discípulos aquí que su irse les convendría a ellos. Ahora, es curioso observar que ya les había prometido el Espíritu antes en el principio de su discurso. En cap. 14:16-18 Él dice: *“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro*

Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.” Y otra vez *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.”* (vs 26).

En aquel pasaje Él les promete el Espíritu para su propio consuelo y gozo. Se lo promete como un tesoro que ellos, y solamente ellos, podrían recibir: *“al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce”*, y, sin embargo, les dice *“pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.”*

Pero en el pasaje ante nosotros la promesa es muy diferente. Él promete el Espíritu aquí, no para ellos mismos, sino para el mundo; no como un tesoro peculiar, para estar cerrado en su propio pecho, sobre lo cual podrían encobrar con gozo egoísta, sino como un bendito poder para obrar, a través de su predicación, en el mundo perverso a su derredor. No como una fuente saltando dentro de ellos para vida eterna, sino como ríos de agua viva corriendo por ellos a regar este mundo árido y percedero. Porque no dice *“Cuando Él venga, llenará vuestro corazón con paz y gozo hasta rebosar”*; sino, *“Cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.”*

Un poco antes les había dicho que el mundo los aborrecería y los perseguiría; *“Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece”* Juan 15:19.

Esto fue pobre consuelo, cuando ese mismo mundo sería el campo de sus labores; pero ahora Él les demuestra cuan bendito don sería el Espíritu; porque Él obraría, a través de su predicación, sobre los mismos corazones que los odiaban y perseguían. *“Él convencerá el mundo de pecado.”*

Esto siempre ha sido el caso. En Hechos 2 leemos que cuando el Espíritu descendió sobre los apóstoles, la multitud se burló de ellos, diciendo *“Están llenos de mosto.”* Y, sin embargo, cuando Pedro predicó, el Espíritu obró a través de su predicación en los corazones de estos mismos burladores. Fueron compungidos de corazón, y clamaron: *“Varones hermanos, ¿qué haremos?”* y el mismo día fueron convertidas tres mil almas.

Otra vez, el carcelero en Filipos evidentemente era un hombre duro y cruel contra los apóstoles; porque *“los metió en el calabozo de más adentro, y les aseguró los pies en el cepo.”* Sin embargo, el Espíritu abre un corazón duro, y es llevado a Cristo por los mismos apóstoles que odiaba.

Así es, hermanos, hasta este día. El mundo no ama los verdaderos ministros de Cristo un ápice más que ellos. El mundo hoy es el mismo mundo que era en el tiempo de Cristo. Esa palabra nunca cesa de tener significado: *“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.”* (2 Timoteo 3:12). Esperamos, tal como Pablo, ser odiado por la mayoría que nos escuchan. Somos convencidos, como lo fue Pablo, que lo más abundantemente que los amamos, la mayoría nos amaría menos; y sin embargo, hermanos, de ninguna de estas cosas hacemos caso. Aunque derribados, no estamos desesperados; porque sabemos que el Espíritu es enviado para convencer el mundo; y no tememos, porque algunos de ustedes que nos cuentan enemigos por decirles la verdad, aun este día en medio de todo su odio y fría indiferencia, pueden ser convencidos de pecado por el Espíritu, y hechos de gritar *“Señores, ¿que debo hacer para ser salvo?”*

Primer pensamiento. La primera obra del Espíritu es convencer de pecado.

Primero, quién es que convence de pecado: *“Él convencerá el mundo de pecado ... por cuanto no creen en mí.”* Es curioso notar, que dondequiera que se habla del Espíritu Santo en la Biblia, es en términos de gentileza y amor. A menudo leemos de la ira de Dios el Padre, tal como en Romanos 1:18 *“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres.”* Y con frecuencia leemos de la ira de Dios el Hijo, como en Salmos 2:12 *“Besad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino”,* o en 2 Tesalonicenses 1:7-8 *“Cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo ... para dar retribución.”*

Pero en ningún lugar leemos de la ira de Dios el Espíritu Santo. Él se compara a una paloma, la más gentil de las criaturas. Es cálido y gentil como el aliento: *“Jesús sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”* (Juan 20:22). Es gentil como el rocío: *“Yo seré a Israel como rocío”* (Oseas 14:5). Es suave y gentil como el óleo, porque se lo llama el *“óleo de alegría”* (Salmo 45:7). Él aceite de la santa unción con que ungían al sumo sacerdote era un tipo del Espíritu. Él es gentil y refrescante como el manantial: *“el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”* (Juan 4:14). Es llamado el *“Espíritu de gracia y de oración”* (Zacarías 12:10).

En ninguna parte de la Biblia se lo llama Espíritu de ira. Es llamado el Espíritu Santo, el Consolador. En ningún lado es llamado el vengador. Leemos que Él gime en el corazón del creyente, ayudando en sus debilidades de modo que ayuda mucho al creyente en la oración. Se nos habla del amor del Espíritu, en ninguna parte de la ira del Espíritu. Se nos habla de Su estar entristecido, *“No contristéis al Espíritu Santo”* (Efesios 4:30); de Su ser resistido *“vosotros resistís siempre al Espíritu Santo”* (Hechos 7:51); de Su ser apagado, *“No apaguéis al Espíritu”* (1 Tes. 5:19). Pero todas estas son marcas de gentileza y amor. En ningún lugar encontrarán ni una marca de enojo o de venganza que se le atribuye a Él.

Y, sin embargo, hermanos, cuando empieza este bendito Espíritu Su obra de amor, noten como empieza; Él convence de pecado. Aun Él, completamente Sabio, Todopoderoso, Todo amable y amoroso que es, no puede persuadir a un pobre y pecaminoso corazón abrazar al Salvador, sin primeramente abrir sus heridas, y convencerle que es perdido.

Ahora, hermanos, les pregunto, ¿No debería el fiel ministro de Cristo hacer lo mismo? Queridos hermanos, si el Espíritu, cuyo aliento es gentileza y amor, a quién Jesús envió a este mundo para llevar a los hombres a la vida eterna, si Él empieza su obra en cada alma que es salva, por el convencimiento de pecado, ¿Por qué culparían al ministro de Cristo si comienza de la misma manera? ¿Por qué decir que somos duros, crueles, y severos, cuando empezamos tratar con sus almas por convencerles de pecado? Pablo preguntó *“¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad?”* (Gálatas 4:16).

Cuando el cirujano viene a curar una herida corrupta; cuando le arranca las viles vendas con que manos inhábiles lo habían envuelto; cuando abre los más profundos recovecos de tu herida, y te muestra todo su veneno y su virulencia, ¿lo llamas cruel? ¿No pueden sus manos ser siempre las manos de la gentileza y el amor?

O, cuando una casa está en llamas; cuando las llamas salen de todas las ventanas; cuando un hombre valiente se atreve a alarmar a los reclusos dormidos, irrumpe por la puerta enrejada, rasga las cortinas cerradas y con mano ansiosa sacude a los durmientes, les ordena que se despierten y huyan, un momento más y puede que estén perdido, ¿verdad? Llamarlo cruel? ¿Dirían entonces que este mensajero de misericordia habló demasiado fuerte, demasiado claro? No, *“Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida”* (Job 2:4).

¿Por qué, entonces, hermanos, culpar a un ministro de Cristo cuando empieza convenciéndoles de pecado? ¿Creen que la herida de pecado sea menos venenosa que la herida de la carne? ¿Creen que las llamas del infierno sean más soportables que las llamas de la tierra?

El mismo Espíritu de amor empieza por convencer de pecado; ¿Somos menos mensajeros de amor porque empezamos de la misma manera? Oh entonces, ¡no digan que nos hemos hecho sus enemigos por decirles la verdad!

Nuestro segundo pensamiento. ¿Qué es esta convicción de pecado?

Empezaré mostrándoles lo que no lo es. **Primero**, no es el mero herir de la conciencia natural. Aunque el hombre es completamente caído, sin embargo, Dios ha dejado en cada corazón la conciencia natural para hablarle. Algunos hombres, por el pecado continuo, cauterizan hasta la conciencia como con plancha caliente, de modo que queda muerta y sin sentimiento alguno.

Pero la mayoría tienen suficiente conciencia natural que no pueden cometer pecado abiertamente sin que su conciencia les hiere.

Cuando un hombre comete homicidio o hurto, ningún ojo puede haberlo visto, y sin embargo, la conciencia lo convierte en un cobarde. Él tiembla, y tiene temor. Siente que ha pecado, y teme que Dios se vengará de él.

Ahora, hermanos, eso no es la convicción de pecado aquí mencionado. Eso es solamente una obra natural en el corazón, pero la convicción de pecado es una obra supernatural del Espíritu de Dios. Si solo lo que tiene es el herir de su conciencia, entonces nunca ha sido convencido de pecado.

En segundo lugar, no es una impresión sobre la imaginación. A veces, cuando hombres cometen graves pecados, tienen horribles impresiones de la venganza de Dios hechas en su imaginación. Durante la noche casi creen que ven las llamas del infierno ardiendo debajo de ellos. O les parece oír gritos de dolor en sus oídos que les hablan de un dolor venidero. O se imaginan que ven el rostro de Jesús nublado de ira. O tienen terribles sueños de venganza venidera.

Ahora, esto no es la convicción de pecado que el Espíritu da. Esto es enteramente una obra natural sobre las facultades naturales, y de ninguna manera la obra sobrenatural del Espíritu. Si no han tenido nada más que estos terrores imaginables, no han tenido la obra del Espíritu.

En tercer lugar, No es un mero conocimiento de cabeza de lo que la Biblia dice acerca del pecado. Muchos hombres inconversos leen sus Biblias, y tienen un conocimiento claro de su caso como es explicado ahí. Son hombres sensatos. Saben claramente que están en pecado, y saben claramente que el pago del pecado es la muerte.

Un hombre vive como un juramentado (alguien que jura), y lee las palabras *“No juréis en ninguna manera”* (Mateo 5:34), y *“El Señor no dará por inocente al que tomare su nombre en vano”* (Éxodo 20:7). Otro hombre vive en los deseos de la carne, y lee en la Biblia, y entiende claramente lo que lee: *“Ningún fornicario, o inmundo ... tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios.”*

Otro todavía vive en olvido habitual de Dios. Él nunca piensa en Dios desde el amanecer hasta el atardecer, y todavía lee: *“Los malos serán trasladados al infierno, todas las gentes que se olvidan de Dios”* (Salmo 9:17).

Ahora, de este modo, la mayoría de los inconversos tienen un conocimiento de la cabeza del pecado, y del pago del pecado. Sin embargo, hermanos, esto es lejos todavía de convicción de

pecado. Es una mera obra natural de la cabeza. Convicción de pecado es una obra sobrenatural de Dios sobre el corazón. Si no han tenido nada más que este conocimiento de la cabeza que son pecadores, entonces nunca han sido convencidos de su pecado.

En cuarto lugar, la convicción de pecado no es sentir algo de la repugnancia del pecado. Esto siente un hijo de Dios. Un hijo de Dios ha visto la belleza y excelencia de Dios, y, por lo tanto, el pecado es repugnante ante sus ojos. Pero ningún hombre inconverso ha visto la belleza y excelencia de Dios; por lo tanto, aun el Espíritu no le puede sentir la repugnancia de pecado.

Tal como cuando uno, después de salir de un cuarto bien iluminado va afuera en la oscuridad de la noche, la noche parece muy oscura; así cuando un hijo de Dios ha estado *dentro del velo*, en la presencia de su Dios reconciliado, en plena vista del Padre de las luces, morando en luz inaccesible y lleno de gloria -entonces, cuando pone la mira hacia adentro a su propio pecho pecaminoso, el pecado parece muy oscuro, muy vil, y muy repugnante.

Pero un hombre inconverso nunca ha estado en la presencia de un Dios reconciliado; y por lo tanto el pecado no puede parecer oscuro y repugnante ante sus ojos. Tal como, cuando prueba algo muy dulce y agradable, y cuando viene a probar otras cosas, parecen insípidas y desagradables, así cuando un hijo de Dios ha gustado y visto que Dios es bondadoso, el sabor del pecado en su propio corazón se vuelve muy nauseabundo y repugnante para él. Pero un hombre inconverso nunca ha probado la dulzura del amor de Dios; por lo tanto, no puede sentir la vileza y repugnancia del pecado. Así que, esto no es la convicción aquí descrita.

Entonces, ¿Qué es esta convicción de pecado?

Respuesta: Es un sentido justo de lo terrible del pecado. No un mero conocimiento de que tenemos muchos pecados, y que la ira de Dios se revela contra ellos; sino un sentimiento de corazón que estamos bajo el pecado. Otra vez: no es un sentimiento de la repugnancia de pecado -eso solo es sentido por los hijos de Dios: sino un sentimiento de lo terrible del pecado, de la deshonra que hace a Dios, y de la ira a lo que expone el alma.

Oh, hermanos, la convicción de pecado no es una mera obra natural sobre el corazón. Hay una gran diferencia entre saber algo y tener un sentido justo de ello. Hay una gran diferencia entre saber que el vinagre es agrio, y literalmente probarlo y sentir que es agrio. Hay una gran diferencia entre saber que el fuego nos quemará, y realmente sentir algo del dolor de estar quemado.

Del mismo modo, existe toda la diferencia entre saber de lo terrible de sus pecados, y sentir lo terrible de sus pecados. Es completamente en vano que ustedes lean sus Biblias y escuchen nuestra prédica, a menos que el Espíritu use las palabras para darles sentido y sentimiento en sus corazones muertos. Las palabras más sencillas no los despertarán mientras permanecen en

su condición natural. Si fuera posible probarles con la matemática que la ira de Dios está reposando sobre ustedes y sus hijos, todavía se permanecerán impasibles -se irían y lo olvidarían antes de llegar a la entrada de su casa. Ah, hermanos, Él que hizo su corazón, solamente impresiona su corazón. Es el Espíritu que les convence de pecado.

Dos lecciones:

La primera: Aprendan algo del verdadero poder de la Palabra leída y predicada. Es nada más que un instrumento en la mano de Dios. En sí no tiene poder, salvo para producir impresiones naturales. Es un martillo -pero Dios debe quebrantar su corazón con él. Es un fuego -pero Dios debe encender sus pechos con él. Sin Él les podemos dar un conocimiento de lo terrible de su condición, pero solo Él les puede dar un sentido justo y sentimiento de lo terrible de su condición. El sermón más poderoso en el mundo no puede hacer nada más que una impresión natural, pero cuando Dios está obrando a través de ella, la palabra más débil puede hacer una impresión sobrenatural. Muchos sermones pobres han sido los medios por los cuales Dios ha convertido un alma. Hijos de Dios, ¡que oraran noche y día para que se levante el brazo de Dios!

La segunda: Aprendan que conversión no está en su propio poder. Es solamente el Espíritu que convence de pecado, y Él es libre. Es un Espíritu soberano que en ningún lugar ha prometido obrar por mandato de hombres inconversos. Él tiene muchos de quienes tendrá misericordia, y a aquellos a quienes quiere, Él endurece.

Quizá piensen que puedan vivir en pecado por ahora, y luego venir y arrepentirse, y ser salvo; pero recuerden que el Espíritu no está a su disposición. Él no es su siervo. Muchos esperan ser convertidos en su lecho de muerte. Ellos llegan a su lecho de muerte, y aun no son convertidos. Si el Espíritu está obrando con usted ahora, no lo entristezca, no lo resista, no lo apague; porque puede que nunca vuelva a usted.

Nuestro tercer pensamiento. El argumento que usa el Espíritu. **Salterio 141:1,3**

Hay dos argumentos por los cuales el Espíritu da al hombre un sentido de lo terrible de su pecado.

Primero, la Ley. *“De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo”* Gálatas 3:24. *“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”* Romanos 3:19.

El pecador lee la Ley del gran Dios quien hizo los cielos y la tierra. El Espíritu de Dios despierta su consciencia para ver que la Ley condena cada aspecto de su vida. La Ley le exige amar a

Dios. Su corazón le dice que nunca amó a Dios, nunca tenía un pensamiento de consideración hacia Dios. El Espíritu le convence que Dios es un Dios celoso, que su honor se preocupa por mantener la Ley y destruir el pecador. El Espíritu le convence que Dios es un Dios justo, que de ningún modo puede tener por inocente al malvado. El Espíritu le convence que es un Dios verdadero, y que debe cumplir todas sus amenazas: “¿Lo he dicho, y no lo haré?” La boca del pecador se cierre, y él se queda culpable ante Dios.

El segundo argumento es el evangelio: “*por cuanto no creen en Jesús*” (Juan 16:9). Este es el argumento más fuerte que todos, y por eso lo elige Cristo aquí. El pecador lee en la Palabra que “*El que cree en el Hijo tiene vida eterna*” (Juan 3:36) y ahora el Espíritu le convence de que nunca creyó en el Hijo de Dios, de hecho, no sabe lo que significa. Por primera vez entra en su corazón la convicción: “*pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él*” (Juan 3:36).

Lo más glorioso y divino que es ese Salvador, lo más convencido es el alma sin Cristo de que es perdida, porque siente que está fuera de ese Salvador. Él ve claramente que Cristo es un arca todopoderosa cabalgando sobre el diluvio de la ira de Dios. Él ve cuan seguros y contentos son la pequeña compañía segura por dentro. Pero esto solo lo hace crujir los dientes en agonía porque él no está dentro del arca, y las ondas y olas están pasando sobre él.

Él escucha que Cristo ha estado extendiendo sus manos todo el día a los más grandes de los pecadores, no queriendo que ninguno perezca. Pero él nunca se echó en estas manos, y ahora siente que Cristo quizá se ría de su calamidad, y se burle de su temor. ¡Oh sí, mis amigos! Cuan a menudo en el lecho de muerte, cuando los temores naturales de la conciencia son apoyados por el Espíritu de Dios, cuan a menudo, cuando hablamos de Cristo, de Su amor, de Su sangre expiatoria, del refugio que se encuentra en Él, de cuan felices y seguros son aquellos que están en Él, ¡cuan a menudo el pecador moribundo echa todo por la borda con la terrible pregunta: Pero ¿estoy yo en Cristo?! Lo más que hablamos del Salvador, lo más aumentada es su agonía, porque sienten que es el Salvador a quién rechazaron. ¡Ah, qué significado da eso a estas palabras “*El Espíritu convence de pecado, por cuanto no creen en mí*”!

Dos lecciones:

La primera: Ahora, mis amigos, hay muchos de ustedes que saben que nunca han creído en Jesús, y todavía no están conmovidos. Se sientan sin emoción, comen sus comidas con apetito, y sin duda duermen profundamente por la noche. ¿Quieren saber la razón? Nunca han sido convencidos de pecado. El Espíritu nunca ha comenzado su obra en su corazón.

¡Oh, Si el Espíritu de Jesús viniera en su corazón como un viento recio que sopla, cuan terrible pensamiento sería para usted esta noche que está aún fuera de Cristo! Perdería su apetito para

la comida del mundo, no podría descansar en su cama, y no se atrevería seguir viviendo en sus pecados. Sus pecados pasados se levantarían detrás de ti como apariciones de maldad. Dondequiera que iría, encontraría esa palabra: *“Sin Cristo, sin esperanza, y sin Dios en el mundo.”* Y si sus amigos mundanos intentaran disminuir sus miedos, y hablarle de sus decencias, y que no fuera tan malo que sus vecinos, y que si usted temiera, muchos temieran, ¡ah! Como los echaría lejos de usted, tapar sus oídos y clamar: *“Hay una ciudad de refugio, a que nunca he huido; por lo tanto, debe haber un vengador de sangre. Hay un arca; por lo tanto, debe haber un diluvio venidero. Hay un Cristo, así que, debería haber un infierno para los que están sin Cristo.*

La segunda: Puede que algunos de ustedes estén bajo la convicción de pecado; sienten lo terrible de estar fuera de Cristo, y son muy miserables. Ahora, *en primer lugar*, estén agradecidos por esta obra del Espíritu: *“no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”* (Mateo 16:17). Dios los ha llevado al desierto para atraerlos y hablar a sus corazones de Cristo. De este modo Él empieza obrar en cada alma que Él salva. Ninguno ha venido a Cristo sin estar convencido de pecado primero. Todos los que están en el cielo han pasado por este camino. Estén agradecidos que no están muertos como los que los rodean.

En segundo lugar, no pierdan estas convicciones. Recuerden que fácilmente son perdidas. Involúcrense de lleno en su trabajo, y trabajen aún en el Día de Reposo, y muy pronto las expulsarán a todas. Disfruten un poco del placer sensual, diviértanse un poco con los compañeros, y pronto serán tan felices y descuidados como ellos.

Si aman a sus almas, huyan estas cosas, no se queden, huyan lejos de ellos. Lean los libros que mantienen su ansiedad, estén bajo la predicación de aquellos que mantienen esa ansiedad. Sobre todo, clamen al Espíritu, quien solamente fue el Autor de ellas, que Él las mantendría. Clamen día y noche que no los permitiría descansar fuera de Cristo. ¡Oh! ¿Dormirían encima del infierno?

Y, *en tercer lugar*, no descansen en estas convicciones. Todavía no son salvos. Muchos han llegado a este punto, y al fin perecieron. Muchos han sido convencidos, y no convertidos. Muchos pierden estas convicciones, y se revuelcan otra vez en el pecado. *“Acordaos de la mujer de Lot”* (Lucas 17:32). Nunca son seguros hasta que estén dentro del rebaño. Cristo es la puerta. *“Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque muchos procurarán entrar, y no podrán”* (Lucas 13:24).

Amén.

Último Salterio: 248:1,2,4